

en el bosque de Montfermeil, que acompañó de Cosette, en el corazón del invierno, cuando los árboles no tenían hojas, ni la selva pájaros, ni el cielo sol, y que así y todo, atravesaron el bosque con embeleso.

Colocó ordenadamente las prendas de vestir sobre la cama, el pañuelo junto á las enaguas, las medias cerca de los zapatos, el justillo cerca del traje, y las contempló, diciéndose:—Esta era su estatura; llevaba en brazos la muñeca, se había guardado en el delantal el luis de oro, se reía, íbamos los dos asidos de la mano y solo contaba conmigo en el mundo.

Al decir esto, su cabeza blanca y venerable cayó sobre el lecho; quebrantóse su corazón estóico; su faz se hundió, por decirlo así, en los vestidos de Cosette, y si álguien hubiese pasado entonces por la escalera, le hubiera oído sollozar angustiosamente.

IV.

Inmortale Jécur.

La antigua y formidable lucha que entablaba con la vida Juan Valjean comenzó otra vez para él bajo nueva fase.

Jacob no luchó con el ángel más que una sola noche; pero Juan Valjean luchó muchas veces en la oscuridad á brazo partido con su conciencia. Lucha inaudita, en la que en ciertos instantes el pié se desliza y en otros el suelo se hunde. Muchas veces su conciencia, al precipitarle hácia el bien, le había estrechado y comprimido. Muchas veces la verdad inexorable le hincó la rodilla en el pecho, derribándole, y á impulsos de su luz él imploraba su gracia. Muchas veces esa implacable luz que el obispo encendió en él le había deslumbrado cuando deseaba ser ciego. Muchas veces, despues de un equívoco, despues de un razonamiento traidor y especioso del egoísmo, oyó su conciencia irritada, que le gritaba al oído:—¡Eso es una evasiva, eres un miserable!

En esa lucha secreta recibió crueles heridas, que solo el veía cómo destilaban sangre; y muchas veces se irguió sangriento, destrozado, con la desesperación en el alma, pero con la serenidad en la conciencia, y siendo vencido comprendía que era vencedor; quedábase entonces en paz consigo mismo, pero, ¡qué lúgubre paz despues de lucha tan sombría!

Esta noche, sin embargo, conoció Juan Valjean que empeñaba su postrer combate en una cuestión dolorosa.

Las predestinaciones no siempre caminan rectas ante el predestinado; tienen callejuelas sin salida, travesías oscuras y encrucijadas que alarman, porque ofrecen la dificultad de la elección. Juan Valjean se había parado ante la más peligrosa de las encrucijadas.

Se encontraba en el cruzamiento más complicado de las sendas del bien y del mal. Como le sucedió en otras peripecias dolorosas, se abrian ante él dos caminos; uno tentador y el otro angustioso. ¿Cuál elegiría?

Le señalaba el segundo el misterioso dedo indicador que todos divisamos cuando fijamos la vista en la oscuridad: tenía que elegir otra vez entre el puerto terrible y la emboscada risueña.

¿De qué modo iba á obrar Juan Valjean ante la felicidad de Cosette y de Mario? Él deseó, él construyó su felicidad, digámoslo así, por más que esta dicha le destrozase las entrañas; y ahora, contemplándola, experimentaba la especie de satisfacción que sentiría el armero al reconocer la marca de su fábrica en un cuchillo que se sacase humeante del pecho.

Cosette y Mario estaban unidos por indisoluble lazo; todo lo poseían, hasta la opulencia, y se lo debían á él.

Ahora que eran felices, ¿qué le correspondía hacer á Juan Valjean? ¿Imponerse á su felicidad? ¿Gozarla como si fuese cosa suya? Cosette era ya de otro. ¿Continuaría siendo su padre adoptivo como hasta aquí? ¿Se introduciría tranquilamente en casa de Cosette? ¿Uniría al porvenir de ella su pasado? ¿Posaría sus piés en la apacible chimenea del salón del señor Guillenormand, sus piés que arrastraban tras sí la infamante reprobación de la ley? ¿Participaría de la suerte reservada á Cosette y á Mario? ¿Intercalaría su catástrofe entre aquellas dos felicidades? ¿Callaría su pasado, ó sería al lado de aquellos dos seres dichosos el nudo siniestro del destino?

Preciso es estar habituado á los golpes de la fatalidad para atreverse á alzar los ojos, cuando ciertas cuestiones se presentan con su desnudez horrible. El bien y el mal se hallan detrás de ellas. ¿Qué vas á hacer? nos pregunta la esfinge.

Juan Valjean, que estaba acostumbrado á semejantes golpes, miró fijamente á la esfinge.

Examinó el terrible problema bajo todas sus fases.

Cosette era la tabla de salvación de aquel naufragio. ¿Se asiría á ella fuertemente ó la soltaría? Si se asía, se libraba del desastre, volvía á ver el sol, se salvaba: si soltaba su presa, entonces caía en el abismo.

Pedia consejo angustiosamente á su pensamiento; mejor dicho, peleaba furioso, dentro de sí mismo, ya con su voluntad, ya con su convicción.

Fué una dicha para Juan Valjean haber podido llorar: esto quizás le iluminó. Al principio, esto no obstante, la tempestad tomó aspecto horrible, desencadenándose con más violencia dentro de él que cuando le impulsó á ir á Arras. El pasado se le aparecía ante él: comparaba y sollozaba. Cuando se abrió la esclusa de sus lágrimas se sintió como detenido.

Pero en el pugilato entre el egoísmo y el deber, á pesar del doloroso combate, la conciencia no existe jamás. Bruto, Caton, adoptad el partido que queráis. La conciencia no tiene límites, es como Dios. Se arroja en su pozo el trabajo de toda la vida, la riqueza, los triunfos, la libertad, la pátria, el bienestar, el reposo, la alegría. A veces es preciso también arrojar el corazón. En la espesa bruma del infierno antiguo hay un tonel parecido á este pozo.

¿No es digno de perdón el que al fin sucumbe? ¿Es que puede exigirsenos lo inagotable? ¿Es que las cadenas interminables son compatibles con la fuerza humana? ¿Quién vituperaría que Sísifo y Juan Valjean gritasen: "Basta?"

El razonamiento limita la obediencia de la materia, y debe tener límites la obediencia del alma. Si el movimiento perpétuo es imposible, ¿por qué ha de exigirse la abnegación perpétua?

El primer paso es obvio; el último es el difícil. ¿Qué significa el asunto de Champmathieu, comparado con la boda de Cosette y sus consecuencias? ¿Qué valía volver á presidio, en comparación de perder lo único que se ama en la vida?

Juan Valjean, despues de esta espantosa lucha, quedó sumido en la calma del anonadamiento. Pensó, meditó y comparó las alternativas de la misteriosa balanza de luz y sombra, y vió que, ó tenía que imponer su presidio á los dos jóvenes dichosos, ó consumir él mismo su irremediable sumersión. En un platillo de la balanza estaba el sacrificio de Cosette y en el otro su propio sacrificio.

¿Qué respuesta definitiva dió en su interior al incorruptible interrogatorio de la fatalidad? ¿Qué puerta se decidió á abrir?

Su meditación vertiginosa duró toda la noche.

Permaneció allí hasta el amanecer, en la misma actitud, doblado sobre el lecho, aplastado por el peso de su destino, con los puños crispados, con los brazos extendidos en ángulo recto, como un crucifijo desclavado y colocado allí boca abajo.

Así pasó las doce horas de una larga noche de invierno, sin levantar la cabeza ni pronunciar una palabra, inmóvil como un cadáver, mientras que su pensamiento se arrastraba por la tierra ó subía hasta las nubes, ya como hidra, ya como águila. Viéndole sin movimiento podía creerse que estaba muerto; pero de pronto se estremeció convulsivamente, y su boca, pegada á los vestidos de Cosette, los llenó de besos; aun vivía.

El único testigo de su inmenso dolor fué el sér que vé en las tinieblas.

LIBRO SÉPTIMO.

Las heces del cáliz.

I.

El séptimo círculo y el octavo cielo.

Las tornabodas son solitarias. Se reseta el recogimiento de los novios y su sueño retardado. La baraunda de las visitas comienza ese día muy tarde. El 17 de Febrero, despues de las doce, Basco oyó dar un ligero golpe en la puerta, sin tocar la campanilla, conducta discreta en semejante día.

Basco abrió la puerta y entró el señor Fauchelevent. Le introdujo en el salón, que estaba aun revuelto y ofrecía el aspecto del campo de batalla de la fiesta de la vispera.

—Se ha levantado ya tu señor? preguntó Juan Valjean.

—Cuál, el antiguo ó el nuevo?

—El señor de Pontmercy.

—El señor baron? repuso Basco con aire vanidoso.

A nadie como á los criados les suenan bien los títulos. Parece que les toca algo de ellos; les alcanza lo que un filósofo llamaría las salpicaduras, y esto les lisonjea.

Mario, digámoslo de paso, republicano militante, como lo acababa de probar, era ahora baron á pesar suyo. Se habia verificado en la familia una revolucioncilla acerca de este título. El señor Gillenormand y Mario habian trocado sus papeles; el primero argumentaba en pró y el segundo en contra, pero como el coronel Pontmercy dejó escrito *mi hijo llevará mi título*, Mario obedeció al mandato de su padre. Además, Cosette se alegraba de que la llamasen señora baronesa.

—Voy á ver si se ha levantado el señor baron, repitió Basco. Le diré que le estais aguardando.

—No le digais que soy yo; decidle que le espera una persona que desea hablarle.

—Ah! exclamó Basco.

—Deseo causarle una sorpresa.

—Ah! repitió el criado, pretendiendo explicar con la segunda interjeccion el sentido de la primera. Y se fué.

Juan Valjean quedó solo.

Acabamos de decir que el salon estaba todo revuelto. Por tierra se veian flores de todas clases desprendidas de las guirnaldas y de los peinados. Las bujías, enteramente consumidas, añadian á los cristales de las arañas estalactitas de cera. No habia ningun mueble en su sitio. En los rincones, tres ó cuatro sillas aproximadas y formando círculo parecia que querian seguir una conversacion; el sol sucedia á la araña, y sus rayos penetraban alegremente en las habitaciones.

Así transcurrieron algunos minutos, durante los que Juan Valjean permaneció inmóvil en el mismo sitio en que le dejó Basco.

Estaba muy pálido y tenia los ojos hundidos bajo las órbitas á causa del insomnio. Las arrugas de su levita negra denotaban que no se la habia quitado por la noche; tenia en los codos esa pelusa blanca que se adhiere al paño cuando se frota con el lienzo.

Al ruido que hizo la puerta al abrirse levantó la vista.

Mario entró con la cabeza erguida, la boca risueña, el semblante inundado de luz, la frente dilatada y la mirada triunfante. Tampoco él habia dormido.

—Sois vos, padre mio! exclamó viendo á Juan Valjean. ¡El imbécil Basco no me lo ha dicho! Venís muy temprano, apenas son las doce y media: Cosette aun está durmiendo.

La palabra *padre* que Mario dirigió al señor Fauchelevent significaba felicidad

suprema. Existia siempre entre ambos tibieza y embarazo, hielo que romper ó que derretir; pero Mario se encontraba en el periodo de la embriaguez, en que las dificultades desaparecen, en que el hielo se disuelve, y el señor Fauchelevent era un padre para él como para Cosette.

Continuó, pues, hablando con la superabundancia de palabras que es propia de los divinos paroxismos de la alegría:

—Estoy muy contento de veros! ¡Si supiéseis qué falta nos hicisteis anoche! Buenos dias, padre mio. ¿Cómo vá la mano? Mejor, no es verdad?

Satisfecho de la respuesta que se daba á sí mismo, prosiguió:

—Hemos hablado mucho de vos, porque Cosette os quiere con delirio. No olvidéis de que aquí os tenemos preparada una habitacion. Dejad la calle del Hombre-Armado y venís, porque sino se enfadará Cosette, que está dispuesta á manejarnos á todos segun sus caprichos. Os lo prevengo. He visto ya vuestro cuarto; está junto al nuestro y dá á los jardines. Se ha arreglado la cerradura, la cama está preparada; solo falta que vengais. Cosette ha puesto cerca de la cama una butaca antigua, diciéndola:—“Tiéndele los brazos!”, Vuestro cuarto mira á Oriente: Cosette colocará en él vuestros libros y los demás objetos que os pertenecen. Sé que poseéis una malecita que me han dicho que apreciáis mucho; pues bien, la he destinado sitio de honor. Habeis conquistado á mi abuelo, le agradais sobremanera. Viviremos todos juntos; los dias que yo vaya al Tribunal, llevareis á paseo á Cosette, apoyada en vuestro brazo, como haciais en otros tiempos en el Luxemburgo. Estamos decididos á ser muy dichosos y á que forméis parte de nuestra felicidad. Lo oís, padre mio?

—Señor, contestó Juan Valjean, tengo que revelaros un secreto. Soy un antiguo presidiario.

El límite de los sonidos agudos perceptibles puede estar lo mismo fuera del alcance del espíritu que de la materia. Las palabras “Soy un antiguo presidiario”, al salir de los labios del señor Fauchelevent y al entrar en el oído de Mario, iban más allá de lo posible.

Mario, pues, no oyó. Comprendió que acababa de decirle algo, pero no supo qué.

Se quedó con la boca abierta.

Entonces notó que el hombre que le

hablaba estaba espantoso. Enajenado de felicidad, no habia advertido la horrible palidez del personaje que tenia delante.

Juan Valjean se desató el pañuelo negro que le sostenia el brazo, se quitó la ligadura de la mano, descubrió el dedo pulgar y, enseñádoselo á Mario, le dijo:

—No tengo nada en la mano.

Mario le miró el dedo.

—Ni he tenido nunca nada, añadió Juan Valjean.

En efecto, no habia en su mano señal alguna de herida.

Juan Valjean prosiguió:

—Convenia que no asistiese á vuestra boda y me alejé lo más que pude. Supuse esta herida para evitar una falsedad, para no introducir nulidades en los contratos matrimoniales, para no tener que firmar.

—Qué significa esto? preguntó Mario.

—Esto significa, respondió Juan Valjean, que he estado en presidio.

—Vais á volverme loco! exclamó Mario espantado.

—Señor de Pontmercy, añadió Juan Valjean, estuve diez y nueve años en presidio por robo. Luego me condenaron á cadena perpétua por reincidente, y ahora ando prófugo.

Mario hacia vanos esfuerzos por retroceder ante la realidad y por resistirse á la evidencia, pero le fué preciso ceder á ella. Empezó á comprender y, como sucede siempre en semejantes casos, comprendió más de lo que debia, y le hizo estremecer la idea que atravesó su espíritu al entrever en el porvenir un destino horrible.

—Decídmelo todo, todo! ¿Sois el padre de Cosette?

Diciendo esto, Mario dió dos pasos hácia atrás con indecible movimiento de horror.

Juan Valjean irguió la cabeza con actitud tan majestuosa, que parecia tocar al techo.

—Es necesario que me creais, señor, aunque mi juramento no se admita en juicio.

Hubo una pausa; luego, con cierta autoridad soberana y sepulcral, añadió, articulando lentamente cada palabra:

—En el nombre de Dios os juro que no soy padre de Cosette. Soy un aldeano de Faverolles, que ganaba la vida podando árboles. No me llamo Fauchelevent, me llamo Juan Valjean, y no me une á Cosette ningun parentesco. Tranquilizaos.

—Y quién me prueba...? balbuceó Mario.

—Yo, yo que lo digo.

Mario contempló á aquel hombre y le vió lúgubre, pero tranquilo. La mentira no podia salir de semejante calma. La verdad se sentia en aquella frialdad sepulcral.

—Os creo, le contestó Mario.

Juan Valjean inclinó la cabeza, como quien toma acta, y continuó:

—Soy un extraño para Cosette. Hace diez años ignoraba que ella existia, pero es cierto que la quiero mucho. Cuando se llega á viejo y se vé crecer á los pequeños, se les quiere naturalmente. Los viejos se creen abuelos de todos los niños. Supongo que creereis que tengo corazon. Cosette era huérfana de padre y madre, me necesitaba y por eso la consagré todo mi cariño. Los niños son tan débiles, que cualquiera, hasta un hombre de mi clase, puede protegerlos. He cumplido este deber con Cosette. No creo que esto deba llamarse una buena accion, pero si lo es, yo la ejecuté. Tened presente esta circunstancia atenuante. Al salir Cosette hoy de mi casa, nuestros dos caminos se separan, y en lo sucesivo no puedo hacer nada por ella. Cosette es hoy la señora de Pontmercy. Hoy sois su Providencia; la baronesa ha ganado en este cambio. Aunque no me hableis de los seiscientos mil francos, os hablo yo para anticiparme á vuestro pensamiento. Constituyen un depósito. Cómo está ese depósito en mis manos? Eso nada importa. Devuelvo el depósito y no se me puede exigir nada más. Completo la restitucion declarando mi verdadero nombre, porque así me conviene. Ahora ya sabeis quién soy.

Juan Valjean clavó la vista en Mario. Lo que éste experimentaba era tumultuoso é incoherente. Ciertas ráfagas del destino forman esas olas en nuestra alma.

Todos hemos tenido momentos como esos de turbacion, en los que las ideas se dispersan, y decimos lo primero que se nos ocurre, y esto no siempre es lo más oportuno. Hay revelaciones súbitas que no se pueden resistir y que embriagan como un vino funesto. Mario estaba atónito con la nueva situacion que ante él surgia, hasta el extremo de hablar á aquel hombre casi como si le reprochara amargamente su confesion.

—Por qué me decís todo eso? ¿Quién os obligaba á descubrirme el secreto de vuestra vida? Podíais habéroslo callado,

porque nadie os denuncia, nadie os persigue, se ignora vuestro paradero. ¿Por qué me hicisteis esa revelación? ¿Qué motivo os indujo á ello?

—¿Qué motivo? respondió Juan Valjean en voz baja, como si hablase consigo mismo. El motivo es extraño, efectivamente. El motivo es la honradez. Mi mayor desgracia estriba en un hilo que está pendiente de mi corazón y me tiene prendido. Esos hilos nunca son más sólidos que cuando se llega á la vejez. Toda la vida se deshace á su alrededor y ellos resisten. Si hubiera podido arrancar ese hilo, romperle, desatarle ó cortar el nudo, con irme muy lejos estaba salvado; era suficiente partir de aquí. Pero traté de romperle, me ha resistido y se ha roto; con el hilo me arrancaba el corazón al mismo tiempo. Comprendiendo que no es posible que viva en otra parte, necesito quedarme. Pero teneis razón, soy un imbécil: me puedo quedar y olvidarlo todo; instalarme en la habitación que me ofreceis, ya que la señora Pontmercy me quiere mucho y ha dicho al sillón que me destina: "Tiéndele los brazos!" Puedo vivir en vuestra compañía como en familia.

Al pronunciar esta palabra Juan Valjean adquirió aspecto sombrío. Cruzó los brazos, fijó la vista en el suelo, como si quisiese agujerearlo para abrir á sus pies un abismo, y exclamó con voz tonante:

—En familia! No, yo no tengo familia. La vuestra no es la mía; yo no pertenezco á la familia de los hombres. Estoy de sobra donde se vive en comunidad. Soy un sér desgraciado, un sér espúreo. El día que casé á esa niña todo ha concluido para mí; se ha unido al hombre que ama, vive con ese buen anciano, yo no debo turbar su felicidad. Fácil me era seguir mintiendo y que creyérais que me llamaba Fauchelevent. Mientras era conveniente para ella he callado; pero hoy que se trata de mí, debo hablar y hablar, porque á ello me obliga la conciencia. Por eso vengo á descubrirlo todo ó casi todo, porque lo que únicamente á mí me concierne me lo reservo. Pero sabéis lo esencial, porque os he revelado mi secreto. El misterio que me envolvía deja de serlo para vos. Para decidirme á declararlo he estado luchando toda la noche. A ser dichoso prefiero tener la conciencia tranquila, ya que desgraciadamente no tengo derecho á ser feliz.

Juan Valjean calló: Mario le seguía

escuchando, sin atreverse á interrumpir tal encadenamiento de ideas y de angustias. El ex-presidiario habló otra vez, pero ya no con voz sorda, sino con voz siniestra:

—Me preguntais por qué hablo, cuando no me denuncian ni me persiguen; pero habeis de saber que yo mismo soy el que me denuncio y el que me persigo. Me cierro el paso, me comunico el impulso, me pongo los grillos y me ejecuto. ¿Creeis que estas manos son capaces de retener fuertemente el cuello de mi levita sin que haya medio de que la suelten? Pues aun agarran con más fuerza las manos de la conciencia. Para que yo fuera dichoso se necesitaría que yo no comprendiese mi deber. Quizá creais que lo que digo no tiene sentido comun; pero yo os afirmo que soy un hombre honrado. Degradándome á vuestros ojos me elevo á los míos: otra vez me sucedió una cosa análoga, pero aquel caso no fué tan terrible como éste. Soy un hombre honrado: no lo sería si por mi culpa continuáseis estimándome; pero ahora que me despreciáis, lo soy. Tengo la fatalidad de que no puedo poseer más que consideración robada, consideración que me humilla y que me agobia, y necesito, para creerme hombre digno, el desprecio de los demás.

Juan Valjean hizo otra pausa; tragaba la saliva con esfuerzo, como si sus palabras tuviesen sabor amargo, y luego prosiguió:

—Cuando uno se horroriza á sí mismo hasta ese extremo, no tiene derecho á hacer que los demás participen, sin saberlo, de su horror, ni á comunicarles su peste, ni á lanzarlos en su precipicio, ni á embarazar con su miseria la felicidad ajena. Es odioso acercarse á los que están sanos y tocarlos en la oscuridad con la úlcera invisible. En vano Fauchelevent me prestó su nombre; no me asiste derecho á usarlo, y aunque él me lo cedió cariñosamente, yo no puedo admitirlo. El nombre es la personalidad. Comprendéis que he pensado y he leído mucho, aunque fui un simple labriego, y estais viendo que sé explicarme y que me doy cuenta de todo. Me he proporcionado la educación á mi manera. Sustraer un nombre y ocultarse con él es una mala acción. Tanto delito es robar letras del alfabeto como robar un bolsillo ó un reloj. Vale más padecer y pasar noches de insomnio que tener la conciencia intranquila.

Respiró penosamente y pronunció despues esta última frase:

—En otro tiempo, para vivir robé un pan; hoy, para vivir, no quiero robar un nombre.

—Para vivir! dijo Mario. ¿Acaso necesitais de ese nombre para vivir?

—Yo me entiendo, respondió Juan Valjean, levantando y bajando la cabeza lentamente muchas veces seguidas.

Medió una larga pausa.

Los dos callaban, sumergido cada cual en un abismo de pensamientos.

Mario se sentó junto á una mesa y apoyaba el ángulo de la boca en uno de sus dedos doblado.

Juan Valjean iba y venia. Se paró delante de un espejo y se quedó inmóvil.

Luego, como contestando á un razonamiento interior, exclamó:

—Ahora ya me siento aliviado.

Se puso otra vez á pasear, dirigiéndose al otro extremo de la sala; despues, parándose ante Mario, le dijo:

—Figuraos que nada os he dicho; que soy el señor Fauchelevent; que vivo en vuestra casa; que soy de la familia; que os acompaño al teatro, á las Tullerías ó á la plaza Real, y que, cuando hablamos ó reimos íntimamente, oís que pronuncian el nombre de Juan Valjean y veis que la mano de la policía me arranca bruscamente de vuestro lado.

Juan Valjean calló; Mario se levantó estremecido.

El señor Fauchelevent le preguntó:

—¿Qué decís á eso?

Mario no acertó á desplegar los labios.

—Ya veis que he tenido razón para hablar. Sed dichosos; vivid en el cielo; sed el ángel de otro ángel, y no os cuideis de un pobre desventurado que se desgarró las entrañas por cumplir con su deber.

Mario cruzó lentamente la sala y, cuando estuvo cerca de Juan Valjean, le tendió la mano; pero como éste no alargase la suya para estrechársela, Mario se la cogió.

Juan Valjean dejó que se la tomara, y el jóven creyó tocar una mano de mármol.

—Mi abuelo tiene muy buenos amigos, dijo Mario; yo haré que os consiga el indulto.

—Es inútil, respondió Juan Valjean. Me creen muerto y esto basta. Los muertos no están sometidos á la vigilancia de la policía y los dejan pudrirse tranquilamente. La muerte equivale al perdón.

Retirando su mano de la de Mario,

añadió con una especie de dignidad inexorable:

—Además, no necesito otro amigo que el cumplimiento de mi deber, ni necesito otro perdón que el de mi conciencia.

En este momento entreabrióse nuevamente la puerta del otro extremo de la sala y apareció al través de ella la cabeza de Cosette.

Hizo el movimiento de un pájaro que saca la cabeza fuera del nido; miró primero á su esposo, luego á Juan Valjean, y les dijo:

—Apostaría cualquier cosa á que hablais de política. Vaya una tontería! ¡En vez de estar conmigo!...

Juan Valjean se estremeció y tambien Mario, aunque de diferente modo; parecian dos criminales.

Cosette, con faz radiante, seguia mirándolos. Salian de sus ojos como destellos del paraíso.

—Os he cogido infraganti, añadió Cosette. Al entrar oí las últimas palabras de mi padre Fauchelevent:—La conciencia... el cumplimiento de mi deber... No cabe duda. Habláis de política y yo no quiero eso. No me parece bien hablar de política al día siguiente de la boda.

—Te equivocas, Cosette, respondió Mario. Hablábamos de negocios. Tratábamos de ver el medio mejor de colocar tus seiscientos mil francos.

—Entonces, aquí estoy yo.

Cosette, diciendo esto, entró resueltamente en la sala. Llevaba ceñido peinador blanco, con muchos pliegues, con mangas anchas, que le partía desde el cuello y le llegaba hasta los pies. Se contempló en un espejo de cuerpo entero y exclamó con explosion de éxtasis inefable:

—Había una vez un rey y una reina...

Oh! qué contenta estoy!

Dicho esto, saludó á Mario y á Juan Valjean.

—Me instalo en este sillón; almorzaremos dentro de media hora; entre tanto podeis hablar de lo que querais.

Mario la dijo con acento tierno:

—Hablamos de negocios.

—A propósito, respondió Cosette; al abrir mi ventana ví llegar al jardín una bandada de gorriones.

—Te repito que estamos hablando de negocios; vamos, déjanos un instante. Oír hablar de números te fastidiaría.

—¡Qué bonita corbata te has puesto hoy, Mario! Estais guapísimo, monseñor. No, no me fastidiaré.

—Te aseguro que sí.

—Yo te aseguro que no. Hablais vosotros y eso me basta para que os escuche, aunque no os entienda. Cuando oimos las voces de las personas queridas no necesitamos comprender sus palabras. Que estemos juntos es todo lo que yo quiero, y me quedo con vosotros.

—Amor mio, es imposible.

—Imposible?

—Sí.

—Pues bien, repuso la jóven, os hubiera dicho muchas cosas. Por ejemplo, que el abuelo duerme aun, que la tia se ha ido á misa, que la chimenea de mi padre Fauchelevent echa humo, que Nicolasita ha llamado al desollinador, que la tia Santos y Nicolasita han empezado ya á gruñir... ¿Conque es imposible que me quede? Pues yo te contesto que es imposible que me vaya.

—Te aseguro que necesitamos estar solos.

—Yo no soy nadie.

Juan Valjean no pronunciaba ni una palabra. Cosette se volvió hácia él y le dijo:

—Lo primero que quiero, padre, es que me deis un abrazo, ya que estais callado y no me defendeis, viendo que soy muy desgraciada en mi nuevo estado: mi marido me pega. Ea, un abrazo y un beso, pronto.

Juan Valjean se acercó á ella y ella se volvió hácia Mario:

—Para tí esta mueca, le dijo.

En seguida alargó la frente á Juan Valjean: al acercársele éste, Cosette retrocedió, exclamando:

—Qué pálido estais! Os duele el dedo?

—No; ya está bien.

—Habeis dormido mal?

—No.

—Estais triste?

—No.

—Venga el beso. Si os sentís bien, si dormís bien, si estais contento, no os reñiré.

Juan Valjean besó aquella frente en la que brillaba reflejo celestial.

—Ahora sonreíos.

Juan Valjean obedeció. Su sonrisa era la de un espectro.

—Ya es hora de que me defendais contra mi marido.

—Cosette... tartamudeó Mario.

—Enfadaos, padre. Decidle que debo quedarme, que se puede hablar delante de mí, que yo no soy una tonta. Sí, señor, quiero quedarme. Mario, mírame. Me encuentras bonita?

Con un movimiento de hombros ado-

nable y cierto aire de despique, la jóven fijó los ojos en Mario. Pasó como un relámpago entre aquellos dos séres. Poco importaba que no estuviesen solos.

—Te amo! exclamó Mario.

—Te adoro! le contestó Cosette.

Y sin poderlo resistir, cayeron en brazos uno de otro.

—Ahora, repuso Cosette arreglándose un pliegue del peinador con aire de triunfo, me quedo.

—Eso no, replicó Mario con tono suplicante. Tenemos que terminar cierto negocio.

—Conque no!

Mario, tomando una inflexion de voz grave y estrechando al mismo tiempo la mano de la jóven, la dijo:

—Cosette, te aseguro que es imposible.

—Ya que me hablas con ese acento, me marchó. Mi padre tampoco me apoya. Sois unos tiranos. Se lo voy á contar al abuelo. Si creéis que volveré á decir tonterías, os equivocais. Yo tambien tengo mi orgullito. Ya vereis cómo sin mi compañía os fastidiais.

Cosette salió de la sala: al cabo de dos segundos la puerta se abrió otra vez; su linda cabeza asomó por entre las dos hojas y les gritó:

—Estoy furiosa.

La puerta se volvió á cerrar. Mario se cercioró de que estaba bien cerrada.

—Pobre Cosette! murmuró; cuando sepa....

Extremecieron estas palabras á Juan Valjean, que clavó la vista en Mario.

—Ah! Es verdad! Se lo direis todo. No habia pensado en ello. Os suplico, señor, que me prometais no revelar mi secreto. Basta que vos lo sepais. Nadie me ha obligado á delatarme, lo hice espontáneamente; me delataria ante el universo entero, pero ante ella, no. Oh, Dios mio!

Se dejó caer en un sillón y ocultó el rostro entre las manos. Por el movimiento de sus hombros se conocia que lloraba. Las lágrimas silenciosas son lágrimas terribles.

En el sollozo hay algo de sofocacion. Con movimiento convulsivo se respaldó en el sillón como para respirar, y Mario vió su semblante bañado en llanto y le oyó decir, con acento tan imperceptible, que su voz parecia salir de un abismo sin fondo:

—Oh! Quisiera morir!

—Serenaos, dijo Mario; guardaré vuestro secreto para mí solo.

Menos enternecido acaso de lo que de-

biera, pero obligado á familiarizarse con la revelacion horrible, viendo á un presidiario en el señor Fauchelevent, cautivado poco á poco por la realidad lúgubre y conducido por la pendiente natural de la situacion á medir el intervalo que á ambos separaba, añadió Mario:

—Debo deciros algo sobre el depósito que tan fiel y honradamente me habeis entregado, ejecutando un acto de probidad. Mereceis que os recompense. Fijad vos mismo la cantidad y no temais que sea muy crecida.

—Gracias, respondió Juan Valjean con dulzura.

Permaneció pensativo un momento y luego dijo:

—Todo ha concluido... una sola cosa me falta decir.

—Cuál?

Juan Valjean experimentó como una suprema vacilacion, y sin voz, sin aliento casi, balbuceó:

—Ahora que todo lo sabeis, ¿creéis que no debo volver á ver más á Cosette?

—Seria lo más acertado, respondió Mario friamente.

—No volveré á verla, contestó Juan Valjean.

Se dirigió hácia la puerta: puso la mano en la cerradura, cedió el pestillo, se entreabrió la puerta lo suficiente para que él pudiese pasar, se quedó un instante inmóvil; pero luego cerró otra vez y se encará con Mario.

No estaba ya pálido, sino lívido. En sus ojos no se veian ya lágrimas, sino una especie de luz trágica. Su voz habia recobrado extraña serenidad.

—Si me lo permitís, vendré á verla. Os aseguro que para mí verla es un deseo irresistible. Si no necesitase ver á Cosette, no os hubiera hecho esta confesion. Me hubiera ausentado sencillamente de Paris; pero queriendo verla y permanecer donde ella vive, he creído que debia descubrirlo todo. No nos separamos desde hace nueve años; primero habitábamos en aquella casucha del boulevard, luego en un convento y despues junto al Luxemburgo, en cuyo paseo la vísteis por primera vez. Nos trasladamos más tarde al barrio de los Inválidos, á la casa que tenia una reja y un jardín que daba á la calle Plumet. Nueve años y algunos meses hace que vivimos juntos. Fuí para ella un padre, hasta el punto de creerse hija mia. Os aseguro que me seria muy difícil marcharme y no volverla á ver, porque es

lo único que amo en el mundo. Si no os parece mal, vendré de vez en cuando á ver á Cosette, de tarde en tarde, y permaneceré aquí poco tiempo. Dad orden de que me reciban en el cuarto bajo y de que me dejen entrar por la puerta trasera, si no quereis que vean que vengo aquí. Poneos en mi lugar y comprended que ella es el único objeto de mi cariño, y además, que si no volviese á esta casa, todos lo extrañarían. Vendré por la tarde, cuando empiece ya á oscurecer.

—Vendreis todas las tardes, le contestó Mario, y Cosette os esperará.

—Qué bueno sois! exclamó Juan Valjean.

Mario le saludó; la felicidad acompañó hasta la puerta á la desesperacion, y el viejo y el jóven se separaron.

II.

Tras la revelacion la duda.

Mario quedó trastornado.

La antipatía que le inspiraba el padre de Cosette se la explicaba ahora. Lo enigmático de este personaje encerraba un enigma vergonzoso, el presidio. El señor Fauchelevent era el presidiario Juan Valjean. Descubrir de repente semejante secreto el dia de su dicha, equivalia á encontrar un escorpion en un nido de tórtolas.

En adelante, ¿no podria prescindir de aquel testigo la felicidad de Mario y de Cosette? ¿Formaba parte de su casamiento la aceptacion de Juan Valjean? No habia ya remedio? ¿Se habia casado tambien Mario con el prófugo de presidio?

Aunque se ciñía una corona de luz y de alegría el triunfo del amor, sacudimientos como este harian estremecer al mismo arcángel en sus éxtasis, al mismo semidios en su gloria.

Como acontece siempre en los cambios de situacion, se preguntaba Mario si tendria algo que echarse en cara. ¿Su prevision y su prudencia habrian sufrido voluntario eclipse? ¿Se empeñó, sin bastante precaucion y sin ver las circunstancias personales, en la aventura amorosa, cuyo término era el casamiento con Cosette? ¿Reconocia el lado quimérico y visionario de su naturaleza, que es una especie de nube interior peculiar á muchas organizaciones, que en los paroxismos de la pasion y del dolor se dilata é invade al hombre, hasta con-

vertirle en una conciencia bañada por la bruma?

Más de una vez hemos indicado este elemento característico de la individualidad de Mario. Recordaba que en la embriaguez de su amor, durante las seis ó siete semanas de éxtasis que pasó en la calle Plumet, ni siquiera habló á Cosette del drama de la casucha Gorbeau, en el que la víctima guardó extraño silencio durante la lucha y se fugó cuando prendieron á los criminales. No se concibe que no hubiera dicho nada de esto á Cosette, siendo, como era, un acontecimiento tan reciente y tan terrible. No se concibe que ni siquiera nombrase á los Thenardier, sobre todo el día que encontró á Eponina. Trabajo le costaba explicarse ahora el silencio de entonces. Se lo explicaba, sin embargo, recordando que estaba aturdido y embriagado al lado de Cosette, que el amor le absorbía por completo, y diciéndose que se apoderó de él un vago y sordo instinto de ocultar y de borrar de su memoria la horrible aventura cuyo contacto temía, en la que le repugnaba representar ningún papel, y de la que no podía ser cronista ni testigo sin ser acusador.

Después de considerar y de examinar ese recuerdo, resultaba que aunque hubiese referido á Cosette la emboscada de Thenardier, y aunque hubiera descubierto que Juan Valjean era un presidiario, todo esto no hubiera amortiguado en él el amor ni en Cosette. Por eso no la hubiera querido menos ni hubiera desistido del matrimonio. Nada tenía, pues, qué sentir ni qué echarse en cara. Había obrado bien. Hay un Dios para esos beodos que se llaman enamorados. Mario, ciego, siguió el camino que hubiera elegido teniendo buena vista. El amor le había vendado los ojos para conducirle al paraíso.

Pero su paraíso debía tener desde entonces resplandor infernal.

La antipatía de Mario hacia el señor Fauchelevent, transformado ahora en Juan Valjean, se complicaba con el horror; y en ese horror, digámoslo así, había algo de lástima y algo de sorpresa.

Ese ladrón, ese ladrón reincidente, había restituido un depósito de seiscientos mil francos, de los que él solo tenía noticia y que pudo muy bien guardarse para sí.

Era además delator de sí mismo. Quién le obligaba á delatarse? Si sabía su verdadero nombre, era porque él lo había declarado. Al confesarlo Juan

Valjean aceptaba, no solo la humillación, sino también el peligro. Para el condenado la máscara no es máscara, es un abrigo. Llevar nombre falso dá seguridad, y él renunciaba espontáneamente á un nombre falso; á pesar de haber sido presidiario podía ocultarse en el seno de una familia honrada, y resistió á esa tentación por escrúpulo de conciencia. Así se lo acababa de explicar con el irresistible acento de la verdad.

Quien quiera que fuese aquel hombre, era incontestablemente que su conciencia se despertaba. Se veía en él en sus principios cierta misteriosa rehabilitación, y según todas las apariencias, desde hacia algún tiempo ya. Semejantes accesos de lo justo y de lo bueno no son propios de naturalezas vulgares. El despertar de la conciencia indica un alma grande.

Juan Valjean era sincero, con sinceridad visible, y la hacía evidente el dolor que le causaba. Veía en esto Mario inversión extraña en las situaciones. ¿Qué se desprendía de la del señor Fauchelevent? La desconfianza. ¿Qué se desprendía de la de Juan Valjean? La confianza. En el misterioso balance que Mario formaba de aquel individuo, comparando el debe y el haber, quería llegar á un resultado, pero se veía envuelto en un torbellino. El depósito restituido honradamente y la probidad de la confesión, eran acciones meritorias y producían como un resplandor en la nube; pero pasaban, y ésta quedaba otra vez negra.

Aunque los recuerdos de Mario estaban confusos, acertaba á explicar ahora escenas antes inconcebibles.

En la aventura del desvan de Jondrette, ¿por qué á la llegada de la justicia, aquel hombre, en vez de querellarse, huyó? Mario se respondía: Porque era un escapado de presidio.

¿Por qué aquel hombre fué á la barricada y allí no combatía? ¿Qué fué á hacer allí? Ante esta pregunta surgía un espectro y le contestaba: Era Javert. Mario recordaba perfectamente que Juan Valjean arrastró fuera de la barricada á Javert, atado, y aun oía detrás del ángulo de la callejuela Mondetour el horrible pistolotazo. Existía odio sin duda entre el espía y el presidiario. El uno molestaba al otro, y Juan Valjean habría ido á la barricada por vengarse. Llegó á ella tarde, probablemente cuando supo que Javert había caído prisionero. Le parecía evidente que Juan Valjean había matado á Javert.

¿Por qué la existencia de Juan Valjean fué tanto tiempo unida á la de Cosette? ¿Cuál sería el designio de la Providencia al poner á aquella niña en contacto con semejante hombre? ¿Se forjan en el cielo cadenas dobles y Dios se complace en juntar al ángel con el demonio? ¿Pueden ser compañeros de cuarto, en el misterioso presidio de las miserias, el crimen y la inocencia? La infancia y la adolescencia de Cosette, su virginal desarrollo de vida y de educación, encontraron abrigo en la abnegación disforme del presidio.

Al llegar Mario á este punto, sus cuestiones se estolaban, por decirlo así, en innumerables enigmas; los abismos se abrían en el fondo de otros abismos, y al querer sondear á Juan Valjean sentía vértigos. ¿Qué era, pues, aquel hombre erizado de precipicios?

Los antiguos símbolos del Génesis son eternos.

En la sociedad humana, tal como hoy existe y hasta el día que la cambie claridad mayor, habrá siempre dos hombres: uno superior, otro subterráneo; uno que camina hacia el bien, Abel; otro que se tuerce hacia el mal, Caín. Pero ¿cómo definir aquel Caín sensible, aquel bandido religiosamente absorto en la adoración de una virgen, velando por ella, educándola y dignificándola? ¿Juan Valjean formando el corazón de Cosette? ¿La figura tenebrosa dedicándose exclusivamente á preservar de toda sombra y de toda nube la salida del astro?

Este era el secreto de Juan Valjean y el secreto de Dios.

Ante estos dos secretos, Mario retrocedía. En cierto modo, el uno le tranquilizaba respecto al otro. Dios, en esa aventura, era para él tan visible como Juan Valjean. Dios tiene sus instrumentos y emplea el que quiere; no es responsable ante el hombre. ¿Sabemos nosotros acaso cómo obra Dios? Juan Valjean trabajó para perfeccionar la educación de Cosette y contribuyó en gran parte á formar su alma; esto era incontestable. Pues bien; de un obrero horrible resultó una obra admirable.

Dios produce sus milagros como mejor le parece. Le plugo elegir un extraño colaborador. ¿Es la primera vez que el estiércol ayuda á la primavera á crear las rosas?

Mario se preguntaba y se respondía á sí mismo. No se atrevió á insistir con Juan Valjean sobre los puntos que acabamos de indicar, pero sin confesarse á

sí mismo que no se atrevía. Adoraba á Cosette, era pura y la poseía: esto le bastaba. Para qué otra aclaración? ¿Qué más podía desear?

Los negocios personales de Juan Valjean no le incumbían. Al aproximarse á la sombra fatal de aquel hombre, tomaba acta de esta declaración solemne: "Soy un extraño para Cosette. Hace diez años ignoraba que existía."

Juan Valjean era un simple transeunte; pasó y había terminado ya su papel. De hoy en adelante, Mario sería la Providencia para Cosette, que había encontrado en las regiones etéreas á su igual, á su amante, á su esposo, á su celestial compañero.

En cualquier círculo de ideas que girase Mario siempre sentía horror hacia Juan Valjean. Horror sagrado quizá, porque, según ya hemos consignado, comprendía que había cierto *quid divinum* en aquel hombre. Pero por mucho que atenuase su situación, no podía escapar de ver en él al presidiario; es decir, el ser que en la escala social carece hasta de sitio, por hallarse más abajo del último escalón. Después del último de los hombres viene el presidiario. El presidiario no figura, digámoslo así, entre los vivientes. La ley le ha destituido de toda la cantidad de humanidad que puede quitar al hombre.

Mario, aunque era demócrata, admitía en las cuestiones penales este sistema inexorable, y tenía, acerca de los que la ley hiere, todas las ideas de la ley. No había avanzado aun en todos los progresos. No era todavía capaz de distinguir entre lo escrito por el hombre y lo escrito por Dios, entre la ley y el derecho. No había examinado ni pesado el derecho que se arroga el hombre de disponer de lo irrevocable y de lo irreparable. No le irritaba la palabra *vindicta*. Le parecía natural que ciertas infracciones de la ley escrita fuesen seguidas de penas eternas, y aceptaba como procedimiento de civilización la condena social.

Ante sus ideas, pues, se le aparecía Juan Valjean disforme y repugnante. Era el réprobo, era el presidiario. Esta palabra le causaba el efecto de la trompeta del juicio final, y después de estudiar mucho tiempo á Juan Valjean, su último gesto fué volverle la cabeza.

Fuerza es reconocer que Mario no dejó de dirigir á Juan Valjean dos ó tres preguntas decisivas porque no le ocurriesen, sino porque le inspiraba cierto pavor. Si le hubiese preguntado por el desvan de